

## CRISTIANISMO NO DENOMINACIONAL— REMISIÓN DE PECADOS

J. N. Armstrong

Algunos de corazón recto no han atinado a aceptar la clara enseñanza del Espíritu sobre el bautismo, porque temen que tal enseñanza le da excesiva importancia a este, y en consecuencia subestima el poder de la sangre de Cristo.

Como seres humanos que somos, no nos corresponde juzgar las consecuencias o resultados de la enseñanza inequívoca de Dios. Sin embargo, podemos estar seguros de que el dejar que la enseñanza del Espíritu sobre el bautismo tenga su natural y obvio significado, en modo alguno le restará mérito al poder limpiador de la sangre. Toda obediencia es aceptable —de hecho, solo así podrá ser obediencia— cuando el que la otorga tiene fe en la sangre. Es «por medio de la fe en su sangre» (Romanos 3.25), por medio de apoyarse y poner la mirada en el poder limpiador de la sangre del Cordero, que uno puede obedecer a Dios —y es esta la única manera como uno puede verdaderamente obedecer. No hay obediencia que por sí sola salve.

La fe por sí sola es tan ineficaz para salvar como lo es el bautismo. Sin la sangre, tanto aquella como este, no constituyen más que un vano intento por obtener una bendición. La fe por sí sola llega a ser poderosa únicamente por la gloriosa, pero penosa, muerte de nuestro Señor.

Fue necesaria la muerte de Cristo para que Dios hiciera posible la salvación de los pecadores. Del mismo modo que Dios no puede mentir, Él no puede ser injusto. De allí que Dios pusiera a Cristo «como propiciación [...] a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Romanos 3.25–26). De hecho, cuando Dios permitió a Jesús morir en la cruz, Él abrió la puerta de la misericordia, una puerta que no hubiera podido abrir de otra manera. Tenía misericordia para con millares, y su corazón sin límites estaba lleno de compasión; pero no podía otorgarla a los pecadores

y al mismo tiempo ser justo. Es únicamente por la muerte de Jesús, entonces, que Dios hace posible la salvación de los pecadores.

No hay absolutamente ninguna condición imaginable, de la cual se puedan valer los pecadores, para obtener la salvación, excepto esa sangre. Sin la sangre de Cristo, uno podría creer con toda la incondicionalidad que le es posible al corazón humano, y aun así el Todopoderoso no podría salvarle. Si no fuera así, Dios habría sido acusado de despilfarrador al hacer uso de la sangre que da vida, de su propio Hijo, cuando este Hijo le rogaba al Padre con toda la intensidad de su alma que no usara esa sangre, si podía evitarse. No, mi amado, Dios no se expuso Él mismo a mayor costo que el que fuera estrictamente necesario para habilitarlo para salvar pecadores.

Aun así, no estamos subestimando el altísimo costo en el cual Dios incurrió, cuando les enseñamos a las personas que la fe salva, que si no se arrepienten, perecerán. ¿Subestimó Pablo la triunfante muerte de nuestro Señor cuando dijo en Romanos 10.9: «[...] si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo»? Ninguno de los que temen que la clara enseñanza sobre el bautismo le reste mérito a la muerte de Jesús se ha apartado jamás de esta enseñanza de Pablo. El confesar a Jesús como Señor llegó a ser una condición de salvación para el apóstol. ¿Cómo, en el nombre de todo lo que es bueno y verdadero, podría la salvación provenir de confesar que Jesucristo es el Señor, con la propia boca de uno? No hay absolutamente nada en el acto en sí que pueda salvar. Si lo hubiera, entonces el confesar dos veces o tres veces debería ser aún más útil.

Considere esta ilustración. El cultivo de una cosecha es una condición de la cual la cosecha depende; es causa de la cosecha, y un cultivo

reducido disminuye la cosecha. Un mayor cultivo produce mayor crecimiento. Entre más se esmera uno, y más científicamente cultiva la cosecha, mejor será esta. El cultivo de la cosecha contribuye a esta de un modo directo. El confesar que Jesús es el Señor contribuye a salvar a los pecadores, pero *no* del modo que el cultivo contribuye a la cosecha. ¿Cómo contribuye la confesión a la salvación? La confesión contribuye únicamente en la medida que se nutre del poder que proviene de la sangre; en otras palabras, contribuye a poner en contacto el alma con la sangre.

Por lo tanto, cuando Pedro dijo: «El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo» (1<sup>era</sup> Pedro 3.21), él no estaba subestimando la sangre de su Señor. Más bien, estaba exaltando el poder de esta para salvar. El declarar que a esa fe, arrepentimiento, confesión y bautismo —que no tienen poder, ni virtud, para salvar— se les da poder salvador por su relación con la sangre, equivale a atribuir poder a la sangre. Estos sencillos actos llegan a ser obediencia a Dios, siendo eficaces simple, sencilla y únicamente porque están rociados de sangre. Esta no es la sangre de un macho cabrío, sino la sangre de nuestro Señor. Ciertamente, el atribuir tal poder no subestima la sangre de Cristo. No temamos ni evitemos cualquier enseñanza clara que tenga que ver con un acto de obediencia que recibe toda su virtud de esa sangre.

Dios ha santificado los sencillos actos de creer, arrepentirse y confesar, por medio de la sangre. Ha hecho eficaces estos actos por medio de la sangre, y lo ha hecho cuando ninguno de ellos podía servir de algo, aparte de la sangre. Si Él realmente ha hecho esto sin que en modo alguno se le reste mérito al poder salvador de la sangre de nuestro Señor, ¿por qué no pudo haber hecho lo mismo con el sencillo acto de sumergir el cuerpo en agua como expresión de la fe que está en el corazón? Si Él pudo conferir importancia a creer, arrepentirse y confesar sin minimizar el poder salvador de la sangre, entonces bien pudo hacer lo mismo con el bautismo. Solamente los que conocen Su voluntad pueden verdaderamente entender.

¡Fuera nuestras opiniones y nociones preconcebidas! Fuera nuestro espíritu de partido e ideas de lo que el Espíritu debió haber dicho de conformidad con el interés de un partido en particular. No tienen nada que ver con la verdad. Sencillamente preguntémoslos: ¿Qué ha dicho Dios, y qué ha dado a entender?

En nuestra lección anterior, estudiamos comentarios de tres eminentes eruditos, sobre el significado del discurso que Pedro pronunció el día de Pentecostés. Los tres eruditos coincidieron en que Pedro enseñó que el arrepentimiento y el bautismo son acciones necesarias para recibir remisión de pecados, y que Dios, por medio de Su Santo Espíritu que estaba en Pedro, en realidad enseñó a las personas que debían bautizarse con el fin de recibir la remisión de sus pecados. Ningún erudito, supongo yo, negaría que este es el significado más natural y obvio del lenguaje de Pedro. Que yo sepa, solamente los que tienen una teoría por la cual preocuparse, o un partido que apoyar, negarían este significado obvio.

El eminente erudito bautista James W. Willmarth, de quien cité anteriormente, dijo:

En cuanto al campbellismo, ese espectro que persigue a muchos hombres buenos y los aterroriza haciéndolos caer en una buena dosis de mala interpretación, ¿qué ganamos con aferrarnos a una traducción falsa y con dejar que sean los campbellitas los campeones de lo verdadero, junto con la erudición del mundo del lado de ellos, en contra de nosotros?<sup>1</sup>

Todo amante de la verdad debería regocijarse cuando hombres como el señor Willmarth respetan la erudición y la verdad por encima de cualquier partido. A pesar del espíritu de partido, tales hombres son lo suficientemente nobles para hacer interpretaciones fieles de la Palabra de Dios...

Pedro enseñó a creyentes penitentes que debían bautizarse con el fin de que sus pecados pudieran ser borrados... Yo estoy convencido de que uno puede ser cristiano —solamente cristiano— y creer esta misma doctrina; pues Pedro fue cristiano —solamente cristiano— y él la creía y la enseñaba. A mí, en efecto, me alegra que un grupo o maestro apruebe esta enseñanza no denominacional. Tal enseñanza armoniza totalmente, en este punto, con la enseñanza bíblica de los que procuran ser solamente cristianos y que no pertenecen a denominación alguna, sino que sencillamente fueron añadidos por el Señor a la iglesia de Dios en el momento en que fueron salvos. ¡Cuánto me alegraría el ver que todas las personas de corazón recto sean no denominacionales en su enseñanza! Si algún creyente sincero en Cristo acepta la interpretación obvia, y enseña que el bautismo es inmersión, él podrá ser «un corazón y un alma» con todo cristiano no denominacional del mundo.

---

<sup>1</sup> James W. Willmarth, en *Baptist Quarterly* (Julio de 1877): 304–05.

¿Estaremos dispuestos a renunciar a «partidos», a «sectas» y al denominacionalismo, para llegar a ser cristianos solamente? ¿Estaremos dispuestos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que los hijos de Dios sean uno? Recuerde que, para ser un predicador no denominacional, uno debe predicar que Pedro mandó el bautismo para la remisión de pecados, es decir, el bautismo tenía

como fin recibir esta bendición. Al enseñar así, no estará abogando por doctrina humana alguna, sino por la doctrina de Cristo. El que se refiera a esta doctrina como una doctrina que no es de Cristo, dará una imagen falsa de Cristo y de Su doctrina. Cristo roció con Su propia sangre la enseñanza que Él ha dado; por lo tanto, es la enseñanza de Él, y a Él debe darse toda la honra que proviene de ella.■

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS